

M. LUISA PENÍN NAVASCUÉS

THANOS

EL HIJO DEL ENTERRADOR



EL HIJO DEL ENTERRADOR

EL HIJO DEL ENTERRADOR

M^a. Luisa Penín Navascués
Barcelona, 2025



Primera edición: 2025
Título original: *El hijo del enterrador*.
Diseño de cubiertas: Núria Penín Navascués.
Dirección del proyecto:
Núria Penín Navascués
M^a. Luisa Penín Navascués

©Nuria Penín, 2025.

©Nuria Penín, 2025.

©De la presente edición en castellano:

La gata con gafas, Ediciones Transmedia
Carretera de la Bordeta, 53, 1^o 4^a.
Barcelona-08014
Tel. 601097611
E-mail: lagatacongafas@historiasdondevivo.com
www.lagatacongafas.com

© Imagen de cubierta: Adobe Stock, everettovrk.

Ejemplar gratuito.

Cualquier forma de reproducción, distribución o comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, a excepción de lo previsto por la ley. Diríjense a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos), www.cedro.org en caso de que necesite fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*El corazón de un monstruo esconde,
en muchas ocasiones,
un dolor insoportable.*

*A mi hija Lorena.
A mis sobrinos, Sara y Álex.
A Júlia y Carles.*

PREÁMBULO EL HIJO DEL ENTERRADOR

*Cementerio de Highgate.
Febrero de 1849, Londres.*

I

Corrían las dos de la madrugada y la lluvia arreciaba, así que Thanos recorrió veloz la distancia que separaba el árbol del amor de la cripta donde yacía Virginia, la esposa del doctor Armitage.

El niño jadeaba a causa del entusiasmo y del esfuerzo. Aquella noche hacía un frío inclemente. A pesar de ello, Thanos parecía inmune al mal tiempo y realmente lo era. Le daba igual que luciera un sol radiante como que se abatiera un rayo al filo de su cabeza. La emoción que definía su comportamiento habitual era la más cruda indiferencia. Sin embargo, aquella noche había conseguido un tesoro que engrosaría su vasta colección, así que se sentía satisfecho.

Cuando llegó al mausoleo donde se hallaban los restos mortales de la joven, empujó el portón, entró en la lúgubre estancia y lo cerró tras de sí. Sacó una llave pesada del bolsillo, la introdujo en la cerradura y le

dio dos vueltas para asegurarse la intimidad que el acto requería. Después, guardó de nuevo la llave en el bolsillo y pensó que había llegado el momento de cumplir la promesa realizada.

La nave estaba a oscuras, pero a Thanos no le importó, ya que había memorizado cada lápida, cada ornamento, cada rincón. Recorrió a tientas el angosto pasillo que conducía al recinto en el que se hallaba el féretro de la muchacha y se situó detrás del catafalco sobre el que descansaba.

El niño depositó en el suelo el saco que había cargado bajo la lluvia pesada, encendió una cerilla y la acercó a la mecha de una vela que guardaba en el bolsillo de su pantalón. Después, cogió una piedra de gran tamaño, la levantó sobre su cabeza y la arrojó con fuerza sobre la cubierta. La golpeó con determinación hasta que se astilló, se resquebrajó y se partió por la mitad. Entonces, logró retirarla sin esfuerzo dejando a la vista las consecuencias del abrazo de la muerte.

El cadáver de Virginia, que así se llamaba la joven, había comenzado a acumular líquidos, así que se veía embotado y hedía casi tanto como Thanos, que estaba tan acostumbrado a los vapores de la cadaverina que no lo percibía. Sus labios azulados, sus ojos semiabiertos y las córneas opacadas resultarían, cuanto menos, inquietantes para cualquiera, pero Thanos no se inmutó.

El chico recordó el día en que su padre le había explicado que lo había llamado así en honor al dios griego de la muerte. Pues, como responsable del cuidado y vigilancia del camposanto, estaba a su disposición y servicio como el resto de la familia.

De pronto, regresó de un pasado que lo atormentaba y abandonó la cripta saltando entre los arbustos. El entorno le resultaba tan familiar que podía recorrerlo a ciegas.

Al poco tiempo, regresó con una vieja caja de cartón, un frasco de cristal, una maza y un cuchillo de campo. Lo dejó todo en el suelo: el frasco, la caja, el cuchillo y la maza. Ágil como un felino, se encaramó sobre el ataúd, acarició el cabello ligeramente encrespado de la joven y le habló en susurros:

—Te cuidaré como si fueras mi madre. Lo he prometido y así lo haré.

El pequeño acarició con devoción las manos rígidas e hinchadas. Unas manos que, para Thanos, revelaban una belleza extraordinaria cuando en otro tiempo habían sido finas, cálidas y rosadas: tan solo materia corriente. Un hilillo sanguinolento, ya antiguo, había dejado una marca que serpenteaba desde el interior de las fosas nasales de la difunta hasta la comisura de los labios. Thanos lo lamió y, después, frotó con el dedo índice la piel hasta que desapareció.

La besó con ternura en la frente y, seguidamente, tomándose su tiempo, levantó la pesada maza y golpeó el cadáver con una fuerza y una violencia impropias de un chico de trece años.

Después, gruñó y le arrancó el cuero cabelludo, le partió el cráneo y utilizó el cuchillo de monte para rasgar la fina mortaja que la envolvía. La desnudó y la desolló con la habilidad de un cirujano; le desgarró la piel con un cuidado y una paciencia infinitos.

Se diría, incluso, que hasta con amor.

Después, le partió las costillas hasta alcanzar los pulmones, los acarició con extraordinaria lentitud y hundió los puños sanguinolentos en la masa flácida y pegajosa, le arrancó el corazón y lo guardó en el frasco.

Sin inmutarse, la descuartizó. Arrancaba pequeños fragmentos de carne y de hueso ayudándose del cuchillo y de los caninos. Cuando terminó, se sentó en el suelo unos minutos hasta que su respiración agitada se normalizó. Después, se incorporó de nuevo, guardó los restos del cadáver en la caja, se echó el saco a la espalda y la arrastró hasta la entrada del sepulcro.

Thanos escuchó una voz femenina que le trajo vagos recuerdos. Pero la voz no provenía de fuera. La voz estaba en su mente. «No te juzgo por lo que has hecho. ¿Cómo podría hacerlo, pequeño mío?».

El niño abandonó el recinto, cerró la cancela con la llave y empujó la caja sorteando lápidas y restos humanos hasta llegar a una antigua cripta abandonada situada en el Círculo del Líbano; un lugar olvidado por todos, que ahora consideraba su hogar.

Se refugió en el interior y guardó los despojos debajo del camastro que había rescatado de la cabaña en la que fallecieron sus padres. O eso es lo que todo el mundo creía o deseaba creer. Seguidamente, se acostó y se cubrió con la capa.

A pesar del frío, del ajetreo y del olor herrumbroso de la sangre, aquella noche Thanos durmió como un bendito. Satisfecho, no tardó en sucumbir a un sueño desconcertante. En su sueño, una niña pecosa, de pelo oscuro, naricilla respingona y ojos brillantes le acariciaba el rostro y le sonreía. No dejaba de llover; pero él no se

inmutó, sumido como estaba en el sueño de los justos.
Un sueño profundo, intenso, reparador.

Ahora, querido lector, te invito a retrasar un par de horas las manecillas del reloj...

CAPÍTULO I

TODO ESTÁ CONSUMADO

*Cementerio de Highgate.
Febrero de 1849, Londres.*

Alrededor de la medianoche, las campanas de la capilla repicaban lúgubres, lentas. Al doctor Dwight Armitage quizás le pasaron desapercibidas, porque, mientras caminaba decidido hacia la entrada de la necrópolis, solo pensaba en ella. Buena parte de la población londinense había sucumbido a los rigores de aquel febrero, así que el lugar se veía colmado de flores marchitas y de coronas ajadas.

El médico alcanzó el acceso a la Avenida Egiptia del cementerio y, a pesar de la lluvia intensa, se detuvo un instante para recuperar el aliento. La verja del campamento cedió a la presión de su brazo emitiendo un chirrío desapacible. Había recorrido a pie las seis millas que separaban el centro de Londres de la necrópolis, así que, jadeando, sacó una petaca del bolsillo de su chaleco y vació de un trago el brandy que contenía.

El caballero, que vestía de luto riguroso, avanzó solemne por el sendero dejándose envolver por aquel

silencio intimidante, pero, tras tropezar con las gruesas raíces de un tejo centenario, se tambaleó y cayó de bruces sobre el barro. Con dificultad, se incorporó maldiciendo y sacudiéndose la capa y se puso de nuevo en pie. No tardó en recuperar el paso firme de un hombre que no teme a la muerte ni a los muertos.

El médico recorrió a ciegas los senderos poblados de helechos exuberantes y dejó atrás las cúpulas mortuorias excavadas en la ladera. Aminoró el paso abriéndose camino entre tumbas profanadas y ruinosos mausoleos, y se detuvo ante la construcción de corte gótico en la que yacía Virginia, su esposa.

Era tan joven...

Habían contraído matrimonio a mediados de mayo, en Truro, conocida por ser un importante centro de comercio portuario. Se estaban preparando para instalarse en Londres y se mostraban dispuestos a correr los riesgos de una travesía que se prolongaría durante semanas, ya que Dwight consideraba que el ejercicio de la medicina en la capital del Reino les ayudaría a mejorar su posición social.

Una tarde antes de su partida, decidió obsequiar a su esposa con unos pastelillos elaborados con una harina blanquísima. Tras consumirlos, la joven experimentó un terrible dolor en el pecho, escalofríos, vómitos y, finalmente, violentas convulsiones. Entregó su alma después de una larga y lacerante agonía.

El viudo decidió emprender el viaje a pesar de lo ocurrido; ahora más que nunca, el cambio de aires le resultaba imperioso, pero no deseaba mantenerse alejado de la envoltura mortal de su esposa, así que decidió lle-

varla consigo y realizó los trámites que requería el célebre cementerio de Highgate para sepultarla allí.

Llegó a Londres alrededor de las diez de la noche. Cuando descendió del coche de caballos, se vio envuelto en una niebla, tan densa y espesa, que parecía infiltrarse bajo la piel. Los callejones oscuros y estrechos, la suciedad vieja, el hacinamiento de la población y los olores nauseabundos de los suburbios lo desconcertaron. Y el silencio, también.

Sobre todo, el silencio.

Dwight se instaló en una pensión modesta mientras decidía cómo afrontar el futuro. Aquella noche, tumbado en un catre confortable, contempló, desde su ventana, a un niño harapiento que intentaba introducirse en la chimenea del edificio de enfrente. Sus piececillos descalzos trataban de mantener un equilibrio precario. Pero, finalmente, resbaló y tuvo que soltar el saco que llevaba para asirse a la estructura y así salvar la vida. El saco se deslizó por las tejas de pizarra hasta desaparecer de la vista del doctor.

El pequeño lo miró y, desde su cama caliente, Dwight sostuvo su mirada a pesar de la vergüenza que sentía. Finalmente, el chiquillo se encaramó a la chimenea y se deslizó hacia el interior. El médico experimentó una tristeza infinita que intentó exorcizar recordando los efectos de la sopa caliente que le preparaba su madre, los bizcochos esponjosos, sus tiernos abrazos, su mirada franca y la suave colonia cítrica que la envolvía.

Finalmente, se rindió al sueño vencido por el cansancio. Su respiración acompasada contrastaba con el

grito ahogado de una mujer joven, que sostenía a un niño entre sus brazos. El pequeño deshollinador había fallecido. Al parecer, había perdido pie al descender por la chimenea y había caído, a gran velocidad, hasta estrellarse contra el suelo. Si el doctor, de naturaleza amable y generosa, lo hubiera sabido, sin duda le habría sobrecogido saber que el pequeño había abandonado este mundo sin haber saboreado una taza de chocolate caliente. Sin haber experimentado el calor de la lana en su piel ni el abrazo reconfortante de una madre. Sin haber acariciado las sabias páginas de un libro ni recibido el consuelo de las caricias y las palabras amables.

Si el doctor hubiera sabido de la muerte del pequeño, hubiera pensado, sin duda, que emprendiendo aquel viaje en busca del progreso había cometido un gran error.

II

Dwight Armitage se adentró en el cementerio sumido en sus pensamientos. Cada día visitaba la tumba de su esposa, justo a medianoche. Eran muchas las personas que visitaban el célebre camposanto, así que, en la quietud y en la oscuridad encontraba la paz que necesitaba para experimentar un estado de comunión con el espíritu de su amada. Al principio sentía cierta inquietud, pero al poco tiempo se acostumbró.

Imagínate, querido lector, la extrañeza que sintió el médico el día en que se encontró por primera vez con Thanos. Ni en sueños podía entender que un niño viviera solo en el camposanto. Pero así era.

A pesar del carácter hosco y escurridizo del chico, el médico consiguió ganarse su confianza. Diariamente pasaban algo de tiempo juntos. Thanos, meditabundo, se limitaba a escucharlo y aceptaba las golosinas que Dwight le ofrecía. Éste le hablaba de Virginia, le leía algún cuento e intentaba sonsacarle sobre su pasado, pero, ante sus preguntas, el niño permanecía en silencio con los labios apretados, así que dejó de insistir.

Mientras avanzaba con dificultad, recordó que, aquella noche, se cumplían tres semanas desde el día en que, por fin, había conseguido enterrar a su mujer. Aquella misma tarde, mientras se preparaba para la visita protocolaria, había tomado una decisión crucial. Había escrito una carta sobre la que llevaba unos días meditando y la había guardado en un bolsillo de la camisa, junto a su pecho. Se llevó las manos enguantadas al corazón.

Cuando llegó al mausoleo se refugió en el porche abovedado y se sacudió la capa, contuvo el aliento y aguzó el oído. Sentía que él ya estaba allí, escondido, esperando una señal que le indicara que se había percatado de su presencia. Dwight pensó en el niño pequeño que compartía el eterno presente de aquellos que yacían allí. ¿En qué ocuparía su tiempo? ¿Fantasearía sobre sus miserias terrenales y sus secretos?

En la entrada de la cripta, el médico había colocado un farolillo que, hasta el momento, nadie había osado profanar. Con dificultad, prendió la mecha de la lámpara de aceite; un haz de luz iluminó débilmente la cerradura añosa de la cámara mortuoria. Del bolsillo de su chaleco sacó una llave pesada, la introdujo en la ce-

rradura, dio una vuelta y la puerta de madera maciza cedió sin oponer resistencia.

El joven caballero dejó el portón entreabierto y avanzó hacia lo más profundo de la caverna, donde se encontraba el ataúd de su mujer. Caminaba despacio, sosteniendo la lámpara de aceite a la altura de los hombros, mientras escuchaba el goteo incesante del agua y el eco que producía cuando se filtraba entre las rocas. A pesar de la gruesa capa, el frío le calaba hasta los huesos. Avanzó intentando controlar su temor a sabiendas de que estaba a punto de emprender un viaje sin retorno.

Unos ojillos siniestros lo contemplaban de cerca, protegidos por la oscuridad rotunda de la noche. El doctor percibió su presencia. No tenía ni idea de cómo se las apañaba para colarse, a diario, en el interior de la cripta. Pero lo hacía. Contuvo el aliento y sintió una arcada, porque el niño emanaba el hedor inconfundible de la naturaleza muerta; un olor denso y opresivo que, con el transcurso de los años, se había agarrado a su piel. Podía, incluso, oír su respiración, que se fundía con los susurros quedos del viento y con el eco de la tormenta. A pesar de ello, el médico no le temía. Solo sentía lástima. Y por ello volvía una y otra vez a pesar de lo mucho que le repelía.

Maldijo el dolor persistente, indeseable y amargo de su conciencia.

III

Cada noche visito el cementerio pensando en cómo debes sentirte, tú que vives sumido en la soledad y en la negrura más espesa, a pesar de ser un niño pequeño. Imagino que, desprovisto de todo estímulo visual, otras percepciones se acaban agudizando: los olores marchitos, los acres efluvios corporales, el tacto de la piedra helada, la humedad, el gorgoteo constante del agua filtrándose entre las grietas...

El entorno resulta descorazonador. Pero entiendo que, para ti, Thanos, que lo habitas desde tu nacimiento, constituye una especie de refugio. Un lugar de paz y de sosiego, ahora que tus padres han muerto al fin. A pesar de tus trece años, te han dejado solo y a merced de unas gentes que te temen y que, por ello, te ignoran; actúan como si no existieras. Lo hacen porque no tienen escrúpulos ni sienten remordimientos. Esperan que mueras pronto y está claro que no harán nada para evitarlo. Los niños caen como moscas en estos tiempos aciagos que corren. No creen que sobrevivas mucho tiempo solo aquí.

Me despojo de mi gruesa capa de paño a pesar de que hace un frío despiadado y la dejo sobre el ataúd del ángel que Dios tuvo a bien concederme como esposa. ¡Qué pronto me has privado de su compañía, Jesús!

Tras unos segundos de silencio, escucho tu gruesa y ronca voz infantil. De pronto, como si hubieras realizado un truco de magia, te has hecho presente tras la cabecera del catafalco.

Un escalofrío me recorre la espina dorsal y con-

tengo un segundo la respiración. Y, como haces siempre, me sorprendes con palabras que no tienen sentido y que me producen escalofríos.

—Maldito el día en que naciste. ¿Por qué no te mató Jehová en el vientre? Así tu madre hubiera sido tu sepulcro...

Dices eso y, justo después, entierras la cabeza en tu pecho. Hago la señal de la cruz. No me atrevo a mirarte a los ojos—. Miro hacia atrás y dudo si salir corriendo. Pero parece leer mis pensamientos.

—Lo que está escrito debe ser consumado —añades—. Hágase, pues, o muere eternamente.

Sostengo tu mirada y me envuelve una sensación de paz, porque recuerdo que, por fin, he tomado una decisión firme. No tengo motivos para temer nada ni a nadie.

—Necesito saber si me harás el favor que te pedí...

Me mantengo a cierta distancia para no asustarte y, quizás, para sentirme a salvo. A salvo, ¿qué tonterías digo? Cuentan barbaridades sobre ti. Atrocidades que yo no creo. Pero no está de más ser prudente.

Me miras y apoyas tu barbilla en el féretro de mi esposa. Tu fisonomía no tiene nada de particular a excepción de tu mirada negra, lúcida y escurridiza, que parece poseída por el mismísimo Lucifer. Bueno, eso es lo que afirma el párroco. Tu media melena oscura y lacia se pega a tu frente; tu piel pálida, las profundas ojeras, que contrastan con tus manos blancas, pequeñas y huesudas, te proporcionan un aire fantasmal. Se trata de la huella que deja en los niños el abandono y la pobreza extrema. Las gentes dicen que parece envuelto en un

halo diabólico, pero no es eso lo que yo percibo en este momento. No soy una persona a la que fácilmente se pueda sugestionar.

Estoy convencido de que he conseguido llamar tu atención, aunque no digas nada. ¿Debería preocuparme? Vaya estupidez. No tengo razones para temer consecuencia alguna.

Insisto de nuevo:

—Como ya te comenté, tengo que emprender un largo viaje, así que no podré custodiar el descanso de mi esposa. Me preguntaba si, tal vez, querrías hacerlo tú en mi lugar. Me marcharé más tranquilo si tú estás a cargo —insisto—. Porque sé que la cuidarás como harías con tu propia madre. Confío en ti.

Me confunde el eco gangoso de mi voz, que resuena en la cripta. Saco un pañuelo y me cubro la nariz: temo que si respiro el aire viciado enfermaré. El pensamiento está fuera de lugar, me doy cuenta y sonrío.

—He conseguido, al fin, llamar tu atención. Ahora me miras a los ojos, asientes y... ¿me has devuelto la sonrisa? Bueno, creo haber visto una fina línea en tu rostro macilento, pero quizá la he imaginado.

—La cuidaré como si se tratara de mi madre —susurras esto mientras asientes con la cabeza. Ahora tu voz suena como la de tantos niños cuyos pulmones enferman a causa de los vapores que inhalan en las fábricas. Dejo mi capa sobre el ataúd de mi querida compañera. Dejo, también, una jugosa manzana, una peonza y la llave del recinto mortuario.

—La capa y el juguete son para ti. Toma, también, la llave de la cripta, aunque veo que no la necesitas...

Asientes y pronuncias la palabra, que resuena en el aire viciado como una suave caricia:

—Entiendo.

—Eso es, hijo. Mi esposa se llamaba Virginia. ¿Lo recuerdas?

—Virginia —repite.

Lo ha pronunciado como si se tratara de un mantra. Arrastrando cada sílaba. Su voz rota, probablemente quebrada por los venenos ingeridos durante la preparación de los cadáveres, suena gutural a pesar de su edad.

Me resulta desagradable. Y lo siento. Dios sabe que soy sincero. Me cuesta mucho ver a un niño corriente en este pequeño individuo. Pero el niño está *ahí*. Yo espero que todavía lo esté y que solo se haya extraviado en el laberinto de su memoria. Quizá sea cierto que es hijo de Satán, como afirma el sacerdote de la parroquia. Pero ¿por qué pienso estas tonterías? Thanos es, solamente, el fruto de la indiferencia. El resultado de la habilidad adquirida por el ser humano durante generaciones para mirar hacia otro lado.

A pesar de la repulsión que me produce, intento transmitirle confianza. Disimulo el profundo malestar que me invade y sonrío:

—Eres muy inteligente, Thanos. Echaré de menos nuestras conversaciones.

No es cierto. Pero lo compadezco. Y soy sincero cuando lo digo.

Mis sentimientos hacia esta criatura me desconciertan. En los mentideros de Londres se habla del chico como si se tratase de un personaje de terror gótico. Me

avergüenza reconocerlo, pero es así. Su personalidad siniestra me atrae de una forma visceral; me atrae casi tanto como me repugna. Me repugna casi tanto como me conmueve.

Ni una palabra más sale de su boca, pero su rostro parece relajarse. Me dispongo a marcharme...

—Bien... entiendo que tu silencio es un sí. Me voy pues.

Thanos golpea la madera con sus deditos. Parece abstraído en sus pensamientos.

Me despido:

—Suerte, querido niño. Cuídate. ¿Me oyes? Y ten paciencia. Quizá salga el sol para ti.

El chico sigue acariciando el féretro. Repasa las vetas de la madera con su dedo índice. Parece que se ha olvidado de mí.

Camino a tientas hacia la salida y abandono la cripta. Por fin ha dejado de llover. Me giro y contemplo el sepulcro de mi bella esposa por última vez.

Ahora me siento aliviado. Observo que la luz de la luna, en cuarto menguante, ilumina débilmente las tumbas de piedra consumidas por las aristas del tiempo. El viento ulula y las copas frondosas de los fresnos se encorvan, a derecha e izquierda, a mi paso, entrelazando sus ramas hasta crear una bóveda sobre mi cabeza, como si me mostraran el camino hacia mi destino.

Querida, mi muy querida Virginia, te amo.

IV

Thanos dormía. En su refugio se sentía seguro. Nadie se acercaba al mausoleo que había convertido en su hogar, porque junto a la entrada, años atrás, había aparecido clavada en la tierra una enorme cruz de hierro invertida, así que creían que el diablo se había apropiado de aquel lugar, que se consideraba, desde entonces, maldito. Después de conversar brevemente con el niño, Dwight Armitage había abandonado el sepulcro y se había detenido a pocos metros de la entrada del cementerio, junto al árbol del amor. La lluvia arreciaba. A pesar de ello, el médico se despojó de la chaqueta, se desprendió del chaleco y los dejó sobre el suelo con pulcritud. Después, se llevó las manos al pecho. La carta continuaba en el bolsillo de su camisa. De entre las ramas, rescató un rollo de cuerda gruesa, una soga. La había escondido allí días atrás. Después, la sujetó a una piedra pesada y anudó el extremo opuesto a su cuello. Mientras trepaba torpemente para alcanzar una rama alta, el médico susurraba: «Jesús sacramentado, a tus brazos encomiendo mi espíritu. Amada, vuelo hacia ti».

Vacilando se puso en pie y, simplemente, se dejó caer. El cuello se fracturó emitiendo un crujido seco y definitivo. Los ojos saltaron fuera de las órbitas; la lengua, ennegrecida, colgaba grotesca de sus labios, que, en segundos, habían adquirido un tinte azulado. Los esfínteres e intestinos se habían aflojado ensuciando sus pantalones.

El cuerpo sin vida del médico oscilaba al compás del viento.

Al amanecer, el guardés del cementerio encontró el cuerpo y comprobó que alguien le había robado los zapatos y había profanado sus entrañas, cuyos restos colgaban de su vientre, que había sido abierto en canal. Los intestinos se habían desparramado a su alrededor y hedían.

El hombre contuvo las ganas de vomitar y corrió hacia la vieja ermita donde antaño se celebraba la misa de difuntos y que ahora se utilizaba para embalsamar a los cadáveres. Jadeando a causa del esfuerzo, subió a tientas por las sombrías escaleras de caracol que conducían hasta el campanario e hizo repicar las campanas, que sonaron violentas y urgentes.

Continuará...